



Capítulo 301 - ¿Empezamos de verdad?

El cráter aún temblaba por el último golpe cuando Vergil se lanzó hacia adelante nuevamente, sin piedad, sin previo aviso.

Espectro apenas se había alzado del todo. Su cráneo agrietado emitía pequeñas chispas oscuras, pero sus ojos aún brillaban con la frialdad de un estratega que creía tener la sartén por el mango. Sus manos huesudas sostenían el aire como si dibujaran líneas invisibles. Runa tras runa latían por el campo, alimentando el caos que él mismo urdía.

Pero Virgilio era algo diferente. Algo que no se puede diseñar.

Las llamas envolvieron su cuerpo en una espiral furiosa. Desapareció en un rastro llameante, atravesando el campo como un rayo encantado.



Apareciendo junto a Espectro, Yamato describió un arco descendente. El golpe no fue solo físico: vino con una ráfaga de viento cortante, una ola invisible que destrozó la realidad circundante. El sonido fue como el de un cristal al romperse.

El impacto fue seco, pero solo alcanzó el vacío. Spectre ya no estaba allí.

Una sombra, espesa como el aceite y viva como la carne, se había abierto en el suelo: un círculo de extrañas runas que envolvían el cuerpo esquelético como tinta filtrándose a través de grietas.

Virgilio no dudó. No dio un paso atrás. Simplemente dio un paso adelante.

Y entonces la sombra se levantó... detrás de su espalda.

—Maldito rastreo. —La voz de Spectre resonó como un coro invertido, proveniente de todas direcciones.

Un ciempiés de oscuridad, compuesto de brazos esqueléticos y tentáculos de sombras, lo agarró por detrás. Runas aparecieron en la piel de Vergil como tatuajes vivientes, ardiendo con antiguas maldiciones: entumecimiento, ceguera, aniquilación del alma.

Vergil simplemente sonrió. No había prisa en su expresión. Solo una irritación disimulada.

"Ah... trucos callejeros." Su cuerpo explotó en un aura de viento demoníaco.

Un violento torbellino de aire evaporado y sangre se formó, destruyendo al ciempiés de sombra en un vendaval que arrancó la piel del suelo.

Con un giro de puño, Yamato cortó el aire, y con él, las maldiciones. Las runas se hicieron añicos como espejos impactados por una cruel verdad, desapareciendo en una luz azulada.

'Ya veo... La energía divina de Yamato puede cancelar estos ataques...'

Vergil giró su espada y señaló el vacío. «Deberías saberlo, calaverita. No se maldice al destino».





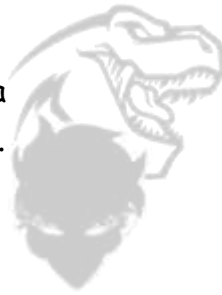
Espectro reapareció en la distancia. La capa negra se arremolinaba como un remolino de tinta viva. Las llamas que rodeaban el campamento temblaron bajo su presencia.

Levantó ambas manos y el campo de batalla tembló.

Del suelo, pilares de hueso y energía nigromántica se alzaban como estacas del infierno. De cada uno de ellos, se formaban maldiciones: un ángel ciego que lloraba sangre plateada; un niño con mil ojos, repitiendo el nombre de Virgilio como un hechizo; una mujer hecha de espejos rotos, cada reflejo mostrando un final diferente para él.

"Doce maldiciones de Sibylline".

Espectro invocaba horrores con la arrogancia de un colegial que por fin ha aprendido a hacer fuego con las manos. Pero Vergil lo vio. No era maestría. Era un intento.



Virgilio cerró los ojos. Respiró. Y se movió.

Viento. Fuego. Sangre.

En un chasquido, las llamas envolvieron a Yamato. La hoja giró, cortando la maldición de la niña antes de que pudiera pronunciar la última sílaba. Un golpe seco destrozó el rostro de la mujer espejo. Fragmentos incandescentes volaron en todas direcciones. La bailarina ciega quedó envuelta en un vórtice de viento cortante, reducida a polvo.

El campo se convirtió en una danza cruel, una coreografía sangrienta donde Virgilio no reaccionó: dictó.



Espectro apretó los puños. Las grietas se extendieron por las runas de su armadura y la presión aumentó. Pero ya no podía detenerse.

"Eres rápido... pero no invencible."

Señaló el suelo. Una runa triangular brillaba como brasas bajo las cenizas.

Una espina etérea surgió de la tierra, atravesando el muslo de Vergil, pero no su cuerpo. Su espíritu. El dolor no era físico. Era existencial. El mundo perdió color. El tiempo vaciló.

Vergil miró hacia abajo. La sangre goteaba de un lugar que no existía.

"Ah...esa es buena."

Inmovilizó a Yamato contra el suelo.

Y entonces su sombra se levantó.

La energía de la sangre, primitiva e indomable, tomó forma. Su sombra se moldeó en un clon carmesí, con los ojos encendidos por una furia gélida. «Hablar con Raphaeline sobre sus técnicas me proporcionó un buen arsenal...»

'Veamos si puedo... darle un Yamato más débil...'

—Te gusta invocar horrores, ¿verdad? —se rió Vergil.

El clon atacó, veloz como una flecha. Espectro levantó la mano para bloquear, pero Vergil ya estaba del otro lado.





El poder de Yamato se dividió a la mitad, dándole al clon saugne un arma... entonces... Dos Yamato... Dos ataques.

Espectro retrocedió. El cráneo crujió con fuerza. Las runas temblaron. Un breve destello de miedo real cruzó su mirada vacía.

Vergil no sonrió esta vez. Analizó cada movimiento de Espectro. Cada gesto, cada invocación, cada pausa indecisa. No era un maestro. Era un aprendiz poderoso con juguetes peligrosos.

Con un corte horizontal, desintegró tres runas defensivas que flotaban alrededor de Espectro. El campo nigromántico perdió su brillo.

"Eres un maestro de las maldiciones... eh..."

Vergil retrocedió un paso. Levantó a Yamato por encima de su cabeza, canalizando el viento y la sangre alrededor de la espada. Un vórtice se formó a su alrededor, como si el universo contuviera la respiración.

"...Eso parece."

Y con esto, llegó el golpe.

La onda de energía resultante abrió una fisura en el campo. Espectro salió despedido hacia atrás, atravesando dos pilares de hueso que explotaron al impactar. Polvo, luz y oscuridad se mezclaron.

Por un momento... silencio.





Virgilio no se movió. Observó.

De entre los escombros, Espectro se levantó. Lentamente. Pero de pie. Su cráneo destrozado comenzaba a reconstruirse. Las runas de su cuerpo cambiaban de color, algo que Vergil no había visto antes.

"Me subestimaste", murmuró Spectre.

Vergil respondió levantando ligeramente la ceja. "En realidad... no. Solo te estoy observando."

Espectro extendió los brazos. Las sombras a su alrededor se retorcían como serpientes hambrientas.

"Entonces mírame más de cerca." Y comenzó la segunda fase.

Vergil ladeó ligeramente la cabeza, observando cómo las sombras se agitaban como mareas a punto de romperse. Un calor gélido recorría el campo: la clase de energía que no provenía de un elemento común, sino de algo antiguo, ajeno a la luz y la lógica.

Espectro murmuró palabras en un idioma olvidado, cada sílaba hacía crujir el aire. Las runas que lo rodeaban giraban, invirtiendo su forma, como si se negaran a seguir siendo lo que eran. A sus pies, la sombra empezó a ensancharse y contorsionarse, como si la tierra se abriera no para tragar, sino para escupir algo.

Virgilio entrecerró los ojos.





Del centro del cráter, donde la tierra había sido desgarrada por el último golpe, emergió una mano gigantesca. Huesos negros como la obsidiana, músculos hechos de humo y carne muerta. Era una mano de seis dedos, tan gruesa como el tronco de un árbol antiguo.

Poco después surgieron cinco brazos más, cada uno saliendo de un punto diferente del círculo convocado, como los pétalos de una flor impía.

Y entonces, el torso: ancho, monstruoso, hecho de costillas que parecían los colmillos de un depredador. El espíritu invocado se alzó en toda su altura. Medía al menos cuatro metros, curvado por la misma densidad maldita que lo sostenía. Su cabeza no era realmente una cabeza: era una máscara de sacrificio, partida por la mitad, con seis ojos iluminados en diferentes posiciones, cada uno girando en direcciones opuestas.

"¡Dolores de la Eternidad... respondan a mi voz!", rugió Espectro con fervor fanático. "¡Aplasten al hijo del destino!"



El gigante se inclinó como una bestia enjaulada y luego avanzó.

Vergil no se movió. Todavía.

El primero de los seis brazos cayó como un martillo. La tierra se quebró bajo el impacto, formando cráteres dentro del cráter. Vergil había desaparecido un segundo antes, reapareciendo sobre el hombro de la criatura.

Hizo girar a Yamato y lo lanzó directo hacia el trapecio del monstruo.

No pasó nada.



El espíritu giró una de sus cabezas y una boca invisible se abrió con un grito agudo. Un estallido sónico arrojó a Vergil, pero este aprovechó su propio impulso, girando en el aire y aterrizando con suavidad.

Inmunidad al ataque directo de espíritus... así que esto no es solo una evocación... es un anfitrión. Espectro está dentro.

Chasqueó los dedos y el clon de sangre regresó, corriendo a su lado como un lobo hambriento. Ambos se lanzaron contra la criatura.

Los seis brazos se movían con una independencia aterradora. Uno bloqueaba, otro atacaba, otro lanzaba proyectiles de sombra. Los demás trazaban sellos en el aire, lanzando nuevas maldiciones como fuego de artillería.

Vergil giraba entre los ataques como si bailara en una cuerda floja, pero cada defensa costaba energía. Cada movimiento estaba estudiado.

La criatura usó fuerza bruta, pero Espectro... Espectro lo coordinaba todo desde dentro. Vergil podía sentirlo. El tiempo entre ataques, los patrones de maldición, los movimientos premeditados.

Está aprendiendo. Adaptándose. Cada segundo.

El clon de sangre fue aplastado por dos brazos cruzados. La niebla carmesí se disolvió en gritos y humo.

Virgilio rugió. No con ira, sino con afirmación.





Las llamas regresaron, pero esta vez, no como antes. Canalizó fuego, viento y sangre por todo su cuerpo como tres serpientes entrelazadas. El suelo a su alrededor empezó a flotar, distorsionado por la intensidad de su energía.

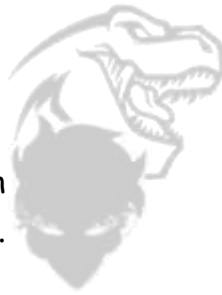
Corrió por el costado de la criatura, usando las mismas paredes del cráter como impulso. Cada paso, un salto. Cada salto, una embestida.

Cortó el primer brazo con fuego, pero la carne espiritual se regeneró. Luego, con un giro, se deslizó bajo otro brazo y, con el viento, cortó el sello mágico que lo sujetaba. El brazo cayó, retorciéndose, desconectado.

La bestia gritó. Espectro lo sintió.

Pero aún así, no se echó atrás.

En cambio, Espectro proyectó su presencia fuera de la criatura; por un instante, su espíritu fue visible, flotando sobre la cabeza del monstruo. Estaba pálido y agrietado, pero sus ojos ardían de odio.



El cuerpo de la extraña bestia se había regenerado por completo. "Veamos cuánto aguantas, jovencito", dijo, mirando a Vergil, quien llevaba la espada al hombro.

"¡Jajaja, qué chiste!", dijo Vergil antes de que sus ojos se iluminaran. Su aura aumentó aún más mientras su cuerpo se estremecía...

'Necesito aumentar mi poder en esta forma... Solo luché contra mi madre con esto...'



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Su cuerpo se estremeció y luego, desde dentro de su caparazón humano, su detonante demoníaco se encontró con una transformación.

"¿Empezamos de verdad?", dijo, sonriendo como un loco mientras su cuerpo rebosaba energía demoníaca.

